



La peregrinación de Chartres, una peregrinación tradicional

Introducción

LECTURA 3

Hablar de tradición es habitual en la peregrinación de la Cristiandad. Pero ¿tenemos todos el mismo concepto de esta palabra: Tradición o traditio?

¿Por qué la peregrinación de la cristiandad es tradicional?

¿Tiene esta palabra “tradicional” el mismo significado que tenía hace cuarenta años cuando comenzó la peregrinación?

Este texto está dirigido especialmente a jóvenes peregrinos, acostumbrados a nuestra peregrinación, familiarizados con ella, pero que no siempre conocen las razones que hay detrás de la elección de sus mayores. Explicar estos motivos es de gran importancia para Nuestra Señora de la Cristiandad, que debe transmitir a las nuevas generaciones los fundamentos de su obra, su historia y sus raíces. Patrimonio espiritual, intelectual e histórico que pertenece a todos los peregrinos.

La tradición es el primero de los tres ejes de la Carta de Nuestra Señora de la Cristiandad “Tradición-Cristiandad-Misión”. Distingamos en primer lugar entre la tradición entendida como fuente de la Revelación de la corriente llamada “tradicionalismo”, que surge como reacción a la crisis en la Iglesia de los años posteriores al Concilio Vaticano II. El tradicionalismo fue encarnado particularmente por la figura de Monseñor Lefebvre, que se pronunció contra ciertas nuevas tendencias de la Iglesia: Falso ecumenismo, reforma litúrgica, libertad religiosa, colegialidad, relativismo, subjetivismo... Cada una de estas palabras requeriría una explicación exacta que no es objeto de esta meditación.

La posición tradicionalista consistía en pedir que las declaraciones del Concilio fueran interpretadas a la luz del Magisterio Constante de la Iglesia. Más tarde, en el año 2005, Benedicto XVI habló de la “hermenéutica de la continuidad” para expresar esta misma idea. Los

tradicionalistas de los años 70 básicamente aplicaron, aunque sin nombrarlo, el “*principio de precaución*” que hoy se menciona sobre cuestiones ambientales, que prefiere abstenerse de actuar cuando no se conocen todas las consecuencias de un acto. Otro nombre para la virtud de la prudencia y un acto de sentido común católico.

Uno de los puntos más importantes de divergencia entre “modernistas y tradicionalistas” fue la liturgia. La corriente tradicionalista optó por permanecer fiel a la Misa Tridentina, convencida de que los creyentes siempre terminan creyendo lo que rezan (*lex orandi, lex credendi*) y que las reformas litúrgicas modernas llevarían a la pérdida de fe entre los católicos.

Para entender hoy el significado de la palabra “*tradicional*”, nos remontaremos a los orígenes de la peregrinación, al significado de esta reacción, a sus características específicas y a algunos de los principales acontecimientos de su historia.

En el origen de la peregrinación

Comprender una obra lleva a interesarse por sus fundadores, en sus maestros, el contexto histórico, lo que estos fundadores pensaron, temieron, creyeron y esperaron.

En 1982, la decisión de crear la peregrinación de la cristiandad se tomó en la tercera Universidad del Centro Henri y André Charlier en Mesnil Saint Loup, una pequeña parroquia en Champagne dedicada a Nuestra Señora de la Santa Esperanza. Bernard Antony, fundador y presidente del Centro Charlier, pidió a sus colaboradores que diseñaran y organizaran una “*peregrinación cristiana tradicional*” desde París a Chartres durante los tres días de Pentecostés. La primera peregrinación nació un año después, en 1983.

En 1982, se cumplían veinte años desde el inicio del Concilio Vaticano II (1962-1965). Acabamos de salir de los años post-conciliares, en que la gente esperaba una renovación de la Iglesia que encendiera los corazones. El Cardenal Poupard, testigo de este período, recordaba en una conferencia las palabras de Juan XXIII sobre el Concilio: “*El Concilio hará subir al cielo un canto de primavera de juventud*”. ¡El padre dominico Congar, famoso padre conciliar, dijo que el Concilio Vaticano II había sido “*la pacífica revolución de octubre en la Iglesia*”! La referencia a la revolución comunista era muy reveladora de los tiempos que corrían. Era el momento de atreverse, de hacer retroceder los muros. El Concilio Vaticano II quería “*reinventar la Iglesia*”, reconciliarla con el mundo moderno, y para ello estaba dispuesto a correr cualquier riesgo.

Viví de niño los años 70 y guardo la memoria de las palabras de sacerdotes y laicos que no dejaron de criticar a “*la Iglesia de antes*”, la “*fe antes*”, atreviéndose a decir que “*los sacerdotes antes decían la misa solo por sí mismos*”. Por supuesto que un niño de diez años no entendía lo que estaba pasando en la Iglesia. No obstante, era capaz de sentir los efectos de la “*revolución*”.

En 1982, todos los católicos recordaron las palabras de Juan Pablo II de 1 de junio de 1980, a los católicos franceses en Le Bourget: «*Francia, hija mayor de la Iglesia, ¿eres fiel a tus promesas bautismales?*» Un año después, el 13 de mayo de 1981, Juan Pablo II sufrió un intento de asesinato, en el aniversario de la primera aparición de Fátima el 13 de mayo de 1917. Escapó, la bala disparada a quemarropa se desvió milagrosamente de los órganos vitales. Este atentado tuvo lugar seis años después de la despenalización del aborto en 1974 bajo Pablo VI, cuando la Iglesia de Francia había permanecido casi en silencio ante una grave transgresión del Decálogo. Sin embargo, si retrocedemos de nuevo en el tiempo, el 25 de julio de 1968, en la encíclica *Humanae Vitae*, Pablo VI recordó, contra los deseos de muchos, la ley de Dios sobre el matrimonio y el control de la natalidad, en particular en su artículo 1415.

Todos estos hechos eran bien conocidos en 1982 por nuestros fundadores. Quieren despertar a Francia, impedir la descristianización, luchar contra el comunismo. Ven los efectos desastrosos de las nuevas experiencias litúrgicas, catequéticas, pastorales... La peregrinación tradicional de la cristiandad pretende ser una obra de conversión, reconquista, fidelidad y resistencia en tiempos de ruptura.

Puedes imaginar que son muy numerosos los libros en esta época. Algunos lamentan el espíritu del Concilio – *“las reformas no se han aplicado lo suficiente”* – otros consideran que *“el Concilio ha abierto una puerta a errores modernistas”*.

Las críticas tradicionalistas se centraron en algunos textos del Concilio y cuestionaban lo que se ha llamado *“el espíritu del Concilio”*. Benedicto XVI en su discurso a la Curia Romana el 22 de diciembre de 2005 dijo que este espíritu era *“como un veneno que ha penetrado en la Iglesia hasta sus entrañas. Si ahora queremos purificar la Iglesia, no debemos cancelar el Concilio, sino liberarla del llamado “Espíritu del Concilio”*.

El historiador Guillaume Cuchet publicó en 2018 un libro sobre la descristianización de nuestra sociedad, *Cómo nuestro mundo dejó de ser cristiano – Anatomía de un colapso*. Combate la idea generalizada de que mayo de 68 y la encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI fueron los desencadenantes del dramático colapso del catolicismo en Francia. En su opinión, el hundimiento se había producido antes, en 1965, el año de clausura del famoso Concilio. Guillaume Cuchet basa su análisis en los trabajos estadísticos de Canon Boulard, quien desde 1947 había cartografiado con precisión la práctica religiosa en Francia. En efecto, en la posguerra se produjo un repunte, hasta la brusca caída de 1965. Toda la cuestión será saber si las reformas conciliares (con el famoso *“espíritu de renovación del Concilio”*) tienen responsabilidad en esa descristianización.

Veamos algunos de sus análisis: justo antes del Concilio, el 25% de los católicos franceses practicaban la misa dominical (el 80% de los niños hacía la comunión, por lo que practicaban y eran catequizados hasta los 12 años). Hoy, menos del 2% de los católicos va a misa todos los domingos (no todos los meses). En 1951, el 51% de los adultos se confesaba una vez al año. En 1983, casi el 70% de los católicos ya no se confesaba, y las cifras de confesiones seguían a las de práctica religiosa. El libro no menciona el descenso de las vocaciones ni el asombroso número de sacerdotes y religiosos que abandonaron la Iglesia en este período.

¿Cómo se pudo llegar a esto tan rápidamente?

Guillaume Cuchet considera que el Concilio Vaticano II fue el acontecimiento que desencadenó el declive de la práctica religiosa: *“Es difícil imaginar que otro acontecimiento contemporáneo pudo haber desencadenado una reacción semejante. La cronología muestra que no fue sólo la forma en que se aplicó el Concilio tras su conclusión lo que provocó la ruptura. Por su propia existencia, en la medida en que permitió de repente reformar las antiguas normas, el Concilio bastó para sacudirlas, sobre todo porque la reforma litúrgica, que afectaba a la parte más visible de la religión para el mayor número de personas, comenzó a aplicarse a partir de 1964”*. Esto lleva a Guillaume Cuchet a afirmar que *“un observador externo podría preguntarse legítimamente si, más allá de la continuidad de un nombre y del aparato teórico de los dogmas, sigue siendo realmente la misma religión”*

Una reacción católica

Todo este desorden en la Iglesia de los setenta confundió a los católicos en un país aun profundamente cristiano como era Francia. Provocó la reacción de sacerdotes y familias

(especialmente en torno a Monseñor Lefebvre) en una corriente de resistencia llamada “tradicionalismo”.

El movimiento “tradicionalista” se reconoció en una sencilla petición hecha a la jerarquía eclesiástica de la época: “¡Hagamos experiencia de la Tradición!” Esta frase resume el estado de ánimo de los “perplejos” católicos de una época convulsa: Nuevo catecismo, nueva teología, nueva misa...

Para preservar su fe, y transmitirla a sus hijos, los católicos “tradicionalistas” optaron por permanecer fieles a la misa tradicional, al catecismo, al Magisterio de la Iglesia de siempre. Se opusieron a “reinventar la Iglesia”. Y cuando se les dijo que un católico debe ante todo obedecer, respondieron con la hermosa expresión de Martín Mose-Bach “La tradición es la inserción de lo muerto en la vida presente”.

Al final de su pontificado, Pablo VI expresó su preocupación por la crisis de la Iglesia: “Por alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el pueblo de Dios. Vemos duda, incertidumbre, problemas, preocupación, insatisfacción, confrontación. La duda ha entrado en nuestras conciencias, y ha entrado a través de ventanas que debían estar abiertas a la luz. También la Iglesia se encuentra en un estado de incertidumbre. Pensábamos que después del Concilio brillaría el sol sobre la historia de la Iglesia. Pero en lugar del sol, hemos tenido nubes, tormentas, oscuridad, búsqueda, incertidumbre. ¿Cómo ha podido suceder esto? Intervino un poder contrario cuyo nombre es el diablo, ese ser misterioso al que alude San Pedro en su carta”.

La desobediencia a la jerarquía eclesial ha sido un sufrimiento y una prueba para los católicos de este tiempo. Sin embargo, es posible observar que el Concilio Vaticano II, que pretendía ser un concilio de apertura al mundo y sobre todo de no condena, ¡ha hecho llover sanciones sobre los católicos “tradicionalistas”!

El estado de ánimo de los fundadores de la peregrinación se recuerda en el bello artículo de uno de nuestros fundadores, Rémi Fontaine: “Así nació la peregrinación de la Cristiandad: una organización temporal, no para tomar una decisión religiosa, para resolver cuestiones religiosas, sino para permitir a los fieles laicos sobrevivir mejor en la crisis religiosa, no permanecer aislados en la desgracia, la contradicción y la lucha, para cumplir mejor espiritualmente sus tareas temporales. Confiándonos (hoy como ayer) a la sucesión apostólica y al primado de la Sede romana para el juicio soberano, rechazamos, por derecho natural y sobrenatural, seguir a quienes se separan de ella, cualquiera que sea su rango jerárquico, imponiéndonos una nueva Misa, un nuevo catecismo, una nueva Biblia, que sirven para proscribir la Misa, el catecismo y la Biblia de la tradición. ¿Una peregrinación así, una organización temporal así, sigue necesitando sacerdotes? Ciertamente: como capellanes, no como líderes. Como capellanes, para distribuir los sacramentos, iluminar, instruir y confortar espiritualmente a nuestros peregrinos, con autoridad moral para aconsejar y actuar como sustitutos, pero que no pueden atribuirse la autoridad de tomar decisiones, ni siquiera de ejercer jurisdicción, como el párroco en su parroquia o el obispo en su diócesis. Hay que reiterar que el “tradicionalismo” no es un partido con líder o líderes propios. Siendo la tradición una de las fuentes constitutivas de la Iglesia, una peregrinación de la tradición sólo puede ser de la Iglesia. Puesto que el catolicismo es necesariamente tradicional, la tradición sólo puede respetar la estructura de la Iglesia visible (a pesar de sus deficiencias) y mezclarse con ella (a pesar de sus resistencias).

Peregrinación de la cristiandad

La peregrinación tradicional de la Cristiandad ha sido organizada desde sus primeros días por laicos comprometidos que trabajan por la resistencia temporal y cristiana. El tema de la Cristiandad estará siempre en el centro de una peregrinación que pretende participar en la

restauración de la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo, de acuerdo con la encíclica Quas Primas²⁷ de Pío XI.

La vocación de la peregrinación se recuerda en el artículo 1 de su Carta: "El objetivo de la asociación Notre-Dame de Chrétienté... es promover la cristiandad entendida como la realización, en la vida de la ciudad, de la realeza de Cristo sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas".

Se repite en el famoso sermón de Dom Gérard de 1985: *"¿Qué es la cristiandad? Queridos peregrinos, lo sabéis y lo acabáis de experimentar: La cristiandad es un pacto entre el cielo y la tierra; un pacto, sellado por la sangre de los mártires, entre la tierra de los hombres y el paraíso de Dios; un juego sincero y serio, un humilde comienzo hacia la vida eterna. La cristiandad, queridos hermanos, es la luz del Evangelio proyectada en nuestras patrias, nuestras familias, nuestras costumbres y nuestras profesiones. La cristiandad es el cuerpo carnal de la Iglesia, su baluarte, su inscripción temporal.*

La realeza social de Nuestro Señor Jesucristo ha dejado de ser enseñada por la Iglesia en los últimos años, hasta el punto de que muchos católicos sienten que esta doctrina ha sido abandonada. Sobre todo en Francia, el triunfo del laicismo ha hecho proliferar leyes contra la moral natural (aborto, eutanasia, eugenesia, matrimonio contra natura, etc.). Nuestra peregrinación, porque es una peregrinación cristiana, al unísono con las exigencias de Benedicto XVI sobre los puntos innegociables, ha querido ocupar plenamente su lugar, sobrenatural y natural, en las batallas de nuestro tiempo recordando las enseñanzas de la Iglesia, militando y apoyando las obras que van en la misma dirección, sin "espíritu de boutiques", como habría dicho uno de nuestros maestros, Jean Ousset. La Doctrina Social de la Iglesia está siempre presente en los programas de formación de Notre-Dame de Chrétienté (folletos, vídeos, conferencias, etc.) porque nuestra peregrinación es "de cristiandad". Notre-Dame de Chrétienté es una obra espiritual con voluntad de acción política, ya que "la batalla política es el lugar privilegiado de la lucha de la Iglesia contra el demonio" (Padre Roger-Thomas Calmel)

Muchos malinterpretan esta referencia a la cristiandad como una confusión entre lo político y lo religioso. Este tema ya no se entiende, una vez más a causa de los errores doctrinales de los años sesenta, en particular la mala interpretación de la declaración del Concilio Vaticano II, Dignitatis Humanae. Este texto ambiguo (¡según admiten las propias autoridades romanas!) parecía defender la neutralidad del Estado en materia religiosa. No debe sorprendernos ver a políticos, católicos declarados, votar a favor de leyes como el aborto y el matrimonio contra natura. Una doctrina mal expresada, y sobre todo falsamente enseñada, tiene consecuencias desastrosas.

Recordemos las firmes y claras palabras del Papa San Pío X en su encíclica *Vehementer Nos*, de 11 de febrero de 1906, que no ha envejecido ni un día pero que hoy causarían escándalo: *"Que el Estado deba separarse de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa, un error muy pernicioso. Basado, en efecto, en el principio de que el Estado no debe reconocer ningún culto religioso, es ante todo un gravísimo insulto a Dios, pues el creador del hombre es también el fundador de las sociedades humanas y las sostiene en la existencia igual que nos sostiene a nosotros. Le debemos, pues, para honrarle, no sólo un culto privado, sino un culto público y social. Además, esta tesis es una negación muy clara del orden sobrenatural; limita la acción del Estado a la sola búsqueda de la prosperidad pública durante esta vida, que no es más que la razón próxima de las sociedades políticas, y no se ocupa en absoluto, por serles ajena, de su razón última, que es la bienaventuranza eterna ofrecida al hombre cuando esta vida tan corta llegue a su fin".*

Del mismo modo, León XIII en la encíclica *Immortale Dei* del 1 de noviembre de 1885: *"Las sociedades humanas no pueden, sin convertirse en criminales, comportarse como si Dios no existiera, o negarse a preocuparse por la religión como si fuera ajena a ellos o algo que no les sirve*

para nada. En cuanto a la Iglesia, que tiene como autor al mismo Dios, excluirla de la vida activa de la nación, de las leyes, de la educación de los jóvenes, de la sociedad doméstica, ¡es cometer un grave y pernicioso error!"

¿No es esto también lo que decía Juan Pablo II en su encíclica *Veritatis Splendor* del 6 de agosto de 1993?: *"Si no existe una verdad última que oriente y dirija la acción política, las ideas y las convicciones pueden ser fácilmente explotadas en beneficio del poder. Una democracia sin valores se transforma fácilmente en totalitarismo declarado o encubierto, como demuestra la historia"*

Algunas grandes fechas

Entre los grandes acontecimientos en los primeros años de la peregrinación, debemos recordar la consagración de cuatro obispos, por Monseñor Lefebvre en 1988 sin autorización pontificia. Este evento provocará una escisión en los movimientos tradicionalistas, entre los vinculados a Monseñor Lefebvre, principalmente la Hermandad sacerdotal de San Pío X y los que aceptarán la regularización canónica ofrecida por el motu proprio *Ecclesia Dei afflicta* del 2 de julio de 1988, del que somos herederos.

Llevará aun muchos años (casi veinte años) conseguir que la liturgia tradicional sea plenamente autorizada por las autoridades romanas. El motu proprio de 7 de julio de 2007 firmado por Benedicto XVI, afirmó que esta liturgia nunca había sido abolida (Artículo 1), autorizando a celebrarla a todos los sacerdotes. En la carta de presentación al motu proprio de 2007, que es importante volver a leer, Benedicto XVI pedía la reconciliación dentro de la Iglesia.

Nuestra Señora de la Cristiandad, sin renunciar a sus compromisos, sus lealtades, su vocación, su historia, quiso responder a la petición del Papa. Benedicto XVI, entonces cardenal, se había unido a los críticos del ambiente tradicional cuando escribió en 2005 sus memorias: *"Estoy convencido de que la crisis de la Iglesia que estamos viviendo hoy se basa en gran medida en la descomposición de la liturgia, que a veces incluso se concibe – et si Deus non daretur (como si Dios no existiera) – Que su propósito ya no es significar que Dios existe, que nos habla y nos escucha. Pero si la liturgia ya no revela una comunidad de fe, la unidad universal de la Iglesia y su historia, el misterio de Cristo vivo, ¿dónde manifiesta la Iglesia su naturaleza espiritual? Entonces la comunidad simplemente se celebra a sí misma. Y no vale la pena. Y como no hay comunidad en sí misma, sino que brota siempre y solo del Señor por la fe, como unidad, se vuelve inevitable la desintegración en todo tipo de querellas parroquiales, oposiciones partidistas en una Iglesia que se desgarrar. Por eso necesitamos un nuevo movimiento litúrgico que dé vida al verdadero legado del Concilio Vaticano II.*

Al describirlo, el cardenal Ratzinger confirmó el enfoque de los "tradicionalistas": El apego a la misa tradicional no es meramente estético (búsqueda de la belleza), nostálgico (moda "vintage"), sino una cuestión de fe. Retomando y adaptando las palabras de San Bernardo de Clairvaux, sobre la Regla Benedictina, podemos decir que en la peregrinación de la cristiandad: *"¡Estamos apegados a la Misa Tridentina porque la Misa Tridentina nos sustenta!*

Durante más de cuarenta años, la peregrinación de la cristiandad ha recordado la relación que existe entre la crisis de la Iglesia, la crisis litúrgica, la no transmisión del catecismo y la crisis de fe.

Este deseo obstinado que tenemos de poner palabras a nuestros males nos parece el mejor camino, la mejor respuesta para participar en la evangelización convocada por los últimos pontífices.

Peregrinación tradicional de la cristiandad 2023

La peregrinación ha crecido significativamente (un aumento de más del 70% en los últimos 8 años). ¿Cómo explicar este crecimiento regular, significativo cuando la tasa de práctica religiosa ha caído por debajo del 2% en Francia?

Los católicos practicantes (algunos dicen “*observantes*”) quieren hacer campaña, participar en la sociedad civil y ser misioneros. Buscan una enseñanza católica exigente, fiel a los dogmas católicos. Muchos de nuestros peregrinos (la mitad de ellos menores de 20 años) descubren la espiritualidad de la Misa Tridentina y a través de esta liturgia descubren las verdades de fe que a menudo ya no se enseñan (o se enseñan mal).

¿Cómo no establecer una relación entre la liturgia y la transmisión de las verdades de la fe católica nos dice el cardenal Sarah?

Los acontecimientos recientes en el seno de la Iglesia permiten comprender mejor la fidelidad tradicionalista, que pone de relieve la profunda crisis por la que atraviesa la Iglesia, para algunos más grave aun que la crisis arriana del siglo IV.

El motu proprio *Traditionis Custodes* del Papa Francisco de 16 de julio de 2021, las respuestas a las “*dubia*” comunicadas el 18 de diciembre de 2021 por la congregación para el culto divino, fueron los momentos destacados de 2021. Un decreto del Santo Padre del 11 de febrero de 2022 confirmó a la Fraternidad sacerdotal de San Pedro en su propio derecho y el uso de libros litúrgicos anteriores a la reforma del Vaticano II, que no impidió a algunos obispos aplicar el motu proprio con brutalidad y sin preocupación por la salvación de las almas.

Por tanto, las antiguas comunidades *Ecclesia Dei*, han visto repentinamente cuestionada su situación en la Iglesia con toda una serie de sanciones como la supresión de misas, la prohibición de sacramentos como la confirmación, el bautismo, el matrimonio.

El Papa Francisco defiende en este motu proprio que hay una contradicción entre la Misa Tridentina y el Concilio Vaticano II, eligiendo la hermenéutica de la ruptura frente a la hermenéutica de la continuidad defendida por Benedicto XVI. Mientras la Iglesia lucha entre inmensas dificultades (escándalos morales, peligro de cisma en Alemania, relativismo religioso, diferentes interpretaciones de *Amoris Laetitia*, colapso de la práctica después de la crisis del COVID, sínodo...), ¿No había nada más urgente que revertir la paz litúrgica tan deseada por los dos predecesores al Papa Francisco?

Durante una conferencia celebrada el 24 de noviembre de 2022, se encargó a Notre Dame de Chrétienne a través de mí concluir las diversas intervenciones: “*¡Seamos conscientes de que estamos ante la tercera generación de personas descristianizados en Francia! Los nietos de las familias católicas de mediados de la década de 60 se convirtieron en “nones”, es decir, personas que se declaraban sin religión (el 64% de los jóvenes de 16-29 años declaran “no tener religión”). Sabemos por la fe que la Iglesia no desaparecerá, que nuestro Señor no nos abandonará. Que se producirá un cambio. Sí, estamos preocupados, mantenemos la confianza. Sabemos que la Iglesia nos salvará, no salvaremos a la Iglesia, aunque por su puesto, queramos defenderla. Y sabemos bien que solo el Magisterio será capaz de corregir el Magisterio fallido. Al menos, desde una perspectiva humana, la Iglesia tendrá que confiar en sus últimas fuerzas, en sus últimos practicantes, en su historia, sus raíces, su gran tradición. Unir a católicos fervientes, ni tibios, ni tímidos, ni resignados, significa obviamente integrar plenamente la franja tradicionalista que debe tener “su lugar en la Iglesia”, como Benedicto XVI prometió. Este es el sentido de nuestra defensa de la Misa Tridentina, una lucha por el honor de Dios y por la Iglesia.*

Conclusión

Nuestra peregrinación, desde sus inicios ha sido llamada la *“peregrinación tradicional de la cristiandad”*. La etiqueta de *“tradicionalista”* no es ni un trofeo ni una infamia, sino la consecuencia de una crisis que asola a la Iglesia, ayer y hoy, que se basa en dos errores principales, el relativismo y el subjetivismo, los nuevos dogmas del mundo moderno.

En tiempos “normales”, llamarse simplemente católico sería, por supuesto, suficiente. La etiqueta de *“tradicional”* sería incluso un pleonasma: ¿Qué sería un católico que no transmitiera?

Pero no estamos en tiempos “normales”. El cardenal Brandmüller, experto en historia de la Iglesia y profesor universitario, escribió recientemente a todos los cardenales: *“Nos enfrentaremos a graves ataques contra la integridad del depósito de fe, contra la estructura jerárquico-sacramental de la Iglesia y contra su tradición apostólica. Esto ha creado una situación sin precedentes en la historia de la Iglesia, como no se conoció si siquiera durante la crisis arriana de los siglos IV y V.*

Debido a este contexto, aceptamos fácilmente que nuestra peregrinación se llame *“tradicional de la cristiandad”*. Y vemos esta crisis en la que Dios ha querido colocarnos, en palabras del Padre Roger-Thomas Calmel, como *“una llamada a la santidad”*. Hacemos así un acto de fe manifestando nuestro rechazo a los errores actuales, un acto de fidelidad y reconocimiento a nuestros maestros. De esta manera, reiteramos el compromiso de Nuestra Señora de la Cristiandad de permanecer *“firmes en la fe”* para mayor gloria de Dios.